

PORTUARIA

Manuel Parra Aguilar

Manuel Parra Aguilar

PORTUARIA

Poesía



Instituto Sonorense de Cultura

Portuaria

Manuel Parra Aguilar

Obra ganadora del Concurso del Libro Sonorense 2013

Poesía

Primera Edición, 2014

ISBN: 978-607-7598-79-4

Gobierno del Estado de Sonora

Lic. Guillermo Padrés Elías

Gobernador Constitucional

Mtro. Jorge Luis Ibarra Mendivil

Secretario de Educación y Cultura

Lic. María Dolores Coronel Gándara

Directora General del Instituto Sonorense de Cultura

Lic. Ignacio Mondaca Romero

Coordinador Editorial y de Literatura del ISC

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Rafael Tovar y de Teresa

Presidente

Marco Antonio Crestani

Director de Vinculación Cultural

Diseño editorial y gráfico: Editorial Garabatos;

cubierta, Mario Pecord; interiores, Raúl O. Leyva T.

Imagen de portada: *Portuaria*, óleo sobre papel, 20 x 25 cm.

de Melissa Rivas

Fotografía de solapa: Julia Melissa Rivas

Revisión de textos: Gabriela Soto

D.R. © Instituto Sonorense de Cultura

Ave. Obregón No. 58, Colonia Centro

Hermosillo, Sonora, México, C.P. 83000

publicaciones@isc.gob.mx

Impreso en México

Printed in Mexico

Queda prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de esta edición, su reproducción por cualquier medio, en todo o en parte.

Este libro está dedicado a
Julia Melissa Rivas Hernández

Portuaria: la nostalgia de la imagen y el espacio

Quizá podamos definir el cine como la poesía del movimiento o la nostalgia de la imagen. Así es la sensación visual que despierta el libro *Portuaria*, de Manuel Parra Aguilar, donde la cotidianidad del mar y de los trabajos del puerto van apareciendo frente a la cámara. Desde el primer poema da la impresión a la mejor manera de los largos paneos de Alfred Hitchcock que aparece el plano de detalle: los labios de un hombre que llama a sus interlocutores: “Amigos/ de por allí y de todos lados,/ sabrán: Yo nunca he escrito poe-/ mas. ¿Por qué he de escribirlos?/ Los poemas sólo se escriben de/ joven, como era mi padre y la sal”; la cámara parece que caminara, saliera del espacio de ensoñación para deslizarse a través de la arena de la playa y de los cuerpos acuosos de los bañistas: “Y creo adivinar sus aromas/ entre todo lo moderno. El sol, el ardiente/ verano golpea nuestras cabezas y ustedes,/ muchachas, jóvenes y tristes a un mismo/ tiempo, andando de casa en casa,/ aprenden a morir aprendiendo nuevas/ reglas”. El camarógrafo se interna en el mercado dando rienda suelta a las sensaciones de modorra y soledad: “AQUÍ EL MERCADO termina/ según la costumbre de quien/ lo sabe todo. Aquí el sol no/ busca, no encuentra, no/ pierde a sus amigos. Hay/ palmas disfrazadas de/ arena, hombres que remiendan/ las redes. Hay alguien que bosteza y/ ese bostezo es el mismo en todo/ el mundo”.

En el nudo de este filme, aparecerá el hombre dorado bajo el sol por el malecón: “Voy hacia el malecón entre todo/ lo ciego. Casas derrumbadas,/ paredes aún sin construir,/ el espantoso olor de calamares,/ la pólvora de cohetes, este/ estornudo que sacude el cuerpo.”; y aparecerá en un plano abierto el actor principal de este poema: “No tiene ojos el mar,/ ni manto, ni bóveda, no es un/ pozo vacío el mar, no tiene/ grietas, no puede ser bue-/ no ni despiadado; el mar/ no cae, el mar no despierta. Sólo queda el mar/ y el sonido

permanece”. El libro cierra con la cruda realidad del trabajo en el puerto, la barbarie y el marinero cantando: “Alguien ha dado muerte con una piedra a un albatros/ y entre los curiosos hay un depravado que le pica el culo con una vara./ El litoral se inunda de jóvenes que harán el amor allá entre las rocas./ Los distribuidores de marihuana toman precaución pero no sueltan sus bicicletas,/ acomodan sus piernas y otean hacia la torre del vigía. [...] ¿Dónde estará la vida?/ ¿Dónde estará el paisaje?”. Es en ese preciso instante cuando suena de fondo la voz de Joseph Conrad recordándonos que: “No hay nada más seductor y esclavizante que la vida humana en el mar”.

Tal lírica de la imagen se logra con el entrenamiento del ojo y la paciente observación. Descripción puntual y numeración sugestiva es la regla de oro en la estética interna de *Portuaria*. Con el lenguaje sencillo, austero de recursos estilísticos, donde el símil y el estribillo son quizá los motores que dan vuelo lírico, este libro nos recuerda que no es necesaria la gimnasia lingüística y el entramado verbal para conmover al lector y provocarle esa sensación de goce intelectual que sueltan sus versos cortos y vertiginosos. En la poesía podada de poesía se teje la atmósfera que se respira en este libro: “En el mercado las mujeres se/ quitan sus escamas y miran/ pasar el tren y a los muchachos/ desclavados de los mástiles según/ la costumbre. Ellas creen saber/ el verdadero nombre de las cosas/ a las que les es preciso navegar”.

Pero dicha atmósfera de nostalgia no se queda en lo pictórico, pues nos revela un carácter ontológico. En el primer poema, llama la atención cómo la voz poética nos inventa un pueblo, donde aparece quizá uno de los aspectos donde vivimos la celebración, porque este libro no es de lamento, sino de vitalidad rebosante, aparece la figura del padre: reconciliadora, emotiva, estrecha: “Yo sólo/ hablo y hablo entonces de mi padre./ Sabrán que mi padre y yo atravesamos/ esta misma calle en otro momento./ Mi padre vuelve a ser joven, yo vuelvo a ser niño”. Casi que de fondo escuchamos un Juan Preciado indagando por su padre, con la diferencia que en *Pedro Páramo* ingresamos en un territorio oscuro, árido, muerto; mientras que en *Portuaria*, el espacio es lumínico, resplandeciente, fértil, a pesar

de que se ara en el mar. Los ejemplos pululan, pero atrae nuestra mirada el quinto poema, donde las tortugas, resimbolizadas en un espacio materno, llegan a la playa a dar vida: “VIENEN A/ la arena/ las felices/ tortugas a/ desovar sus/ piedrecitas que/ germinan en/ tortugas”. Casi de colofón el libro se pregunta: “¿Dónde estará la vida?/ ¿Dónde estará el paisaje?”.

¿Qué influencias podríamos delatar en la construcción de *Portuaria*? Posiblemente resalten *Tierra baldía*, de T.S. Eliot, en el sentido que inventa un espacio, y *Mi padre, el inmigrante*, de Vicente Gerbasi; por memoria inmediata es imposible no traer a colación la sal marina, la humanidad y la aventura de *El viejo y el mar* de Ernest Hemingway; pero también las relecturas de la Biblia cuyo epígrafe citado en el libro nos es bastante explícito. Creo, además, está veladamente la poesía de Haroldo de Campos, José Koser y Rodolfo Hinostroza. Y por el carácter anecdótico de *Portuaria* conviven también la difícil prosa de Faulkner y hasta la apasionante fluidez narrativa de Philip Roth, de la que el mismo Parra Aguilar se confiesa atraído.

Todo libro es un viaje e inventa y descubre un poeta nuevo. Releyendo los poemarios anteriores de Parra Aguilar puedo sostener que son libros independientes en cuanto al tema y la forma, pero conservan la médula de las preocupaciones estéticas del autor. A esta observación, el mismo Parra Aguilar sostiene: “Creo que se puede, sin embargo, descubrir cierta nostalgia por el espacio, sea este real o imaginario, como sucede en *En el estudio* y *Manual del mecánico*. Son proyectos que temáticamente no se acercan entre sí, pero igual la parte poética está en ellos. Pretendo -no sé en qué medida lo logre- expresar esa parte poética sin rayar en lo poético de lo mismo. Me explico: en *Portuaria* uno de los bañistas expresa su desilusión por la poesía y el fraude que encierra, pero es un fraude comparado a algo que no está, algo que se espera del poeta y que no está: la humanidad, el ser humano. También pretendí eso en *Manual del mecánico*, el que los ingenieros automotrices no se expresaran poéticamente, sino que fueran humanos, con su frustración de la vida, su amargura, sus goces”.

Sé que la filmación de este libro le llevó a su autor, con los altibajos que da la vida y los intensos momentos de creación, siete largos años. Aspecto que denota trabajo arduo, constante y silencioso. Con este libro comprobamos que su autor ha seguido a raja tabla el consejo más honesto y quizá el más útil que Rilke le da a todos los artistas en *Cartas a un joven poeta*: “Ser artista es: no calcular y no contar; madurar como el árbol, que no apura sus savias y que está, apacible, entre las tormentas de primavera, sin temor de que no pueda llegar un verano más. Llega, sin embargo. Pero solamente llega para los que tienen paciencia y viven despreocupados y cómodos como si ante ellos se extendiera la eternidad. Lo aprendo diariamente, lo aprendo en medio de dolores a los cuales estoy agradecido: *Paciencia es todo*”¹.

Fredy Yezzed
Buenos Aires, Argentina

¹ Rilke, Rainer María, *Cartas a un joven poeta*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Caledonia, 1976, pp. 34

Génesis 2:3

“Dibujos sobre un puerto”. Poema 1. El alba. Verso 3. José Gorostiza

Amigos

de por allí y de todos lados,
sabrán: Yo nunca he escrito poemas. ¿Por qué he de escribirlos?
Los poemas sólo se escriben de joven, como era mi padre y la sal.
Dirán: PUEDES HACERLO, pero yo nunca he escrito un poema.
Sólo he dicho palabras que saben a aceite y todas ahogadas huyen de mi garganta hacia otra parte.
Consistiría en decir lo mismo que otros dijeron ya, con igual acento, con la misma voz o no, después de todo da igual: siempre es lo mismo, lo he dicho. Yo nunca he escrito un poema, no podría hacerlo. Yo sólo hablo y hablo entonces de mi padre.
Sabrán que mi padre y yo atravesamos esta misma calle en otro momento.
Mi padre vuelve a ser joven, yo vuelvo a ser niño. La playa es la misma: se equivoca en todas sus olas. Aún en mis sueños puedo ver el mar perfumado de colores cuya mitad descansa en mi costado, puedo ver al mundo que se enrosca como una caracola, cómo se desvisten sin herir cada una de las personas mayores, cada veraneante en la arena difusa. ¿A dónde la arena que grita mi nombre despa-

rramado, la arena que grita y tiembla?
Amigos: un minúsculo filo de agua se desliza entre la espuma y yo hablo de lo que dicen mis sentidos en esta calle con barreras. Estas palabras me pertenecen como podrían pertenecer a cualquier otro. Alguna vez mis ojos recorrieron esta calle cuando un hombre volvía de frente y a sí mismo. ¿Por qué no hablar de aquel hombre que en su momento me llamó montado desde su bicicleta? Aquel hombre era Abelardo. Más allá de ese hombre se encontraba el mar y la tarde. Abelardo fue carpintero. Sé que fue carpintero (alguna vez escuché fluir cada clavo en la madera salobre de su cuerpo). Todos los días a esta hora se paseaba Abelardo en bicicleta. Sin darme cuenta ya todo se ha ido. Pienso en Abelardo mirar su reloj como pienso en mi padre con el mar en sus rodillas. Vengo a escucharlo y luego darle forma con mis manos. En esto hay tanta verdad que creo olvidarme de otras cosas más importantes para decirles. Amigos: en sueños he sido todos los hombres y mis amigas distintas mujeres, pero cada una con su rostro disuelto en el agua, cada uno con distintas manos y rodillas distintas, como mi padre, como mis deseos, como un pan redondo y amarillo. Amigos de por allí, ¿sienten cómo las olas nos hablan del tesoro que ocultan? En ellas hay sombras que mojan mi cuerpo, escamas, barcos y piedras. Luego en mis sueños

tengo barba, una barba como la de Abelardo, ya de pronto, un cuerpo azul, tartamudo, peces y naranjas en mis manos. Lo sé porque puedo sentirlas. ¿Por qué no hablar de Abelardo, de sus ojos como yo los quería? Mi padre también fue carpintero y fumador de marihuana. Mi padre paseaba en bicicleta. Amigos de todos lados: comparo mis palabras de un solo pie con mi cuerpo que se resiste a mis brazos y pienso en las personas mayores (imagino al mar en cubos que no terminan en esta orilla sino en otra orilla de rumbo incierto) y pienso en el goce de todos ustedes. Pienso en el escote que lucen mis amigas. Pienso en Abelardo estarse quieto, tallar unos ojos sobre mi rostro, y pienso en mi padre cuando leía poemas; algunos hablaban del amor infantil por Casandra Salviati, otros de la muerte de María Dupín, la bella, y sé que yo nunca he leído un poema como los que leía mi padre en voz alta. Amigos de por allí y de todos lados: mi padre sabía el verdadero nombre de todas las cosas: el color de las ventanas en verano, la puerta imaginaria del mar sonoro y blanco, la mitad del 2 sin disecar en la rada, la fábula del camarón, la carpa, los vestidos huecos, el múltiple antojo de las muchachas prohibidas, la balada de la casada infiel. ¿Quién mejor que mi padre para escribir un poema, para tocar la guitarra del mar y enumerar las olas? ¿Por qué no pensar en mi padre como si hubiera sido un buen hombre al final del mundo? Amigos: se cierra el silencio como una enorme ventana.

Las muchachas ríen al verme sin ojos. Ellas
huelen a sal marina. Yo les ofrezco helado de
naranja y collares de conchas. A veces les escri-
bo algunas cosas, poemas les llaman ellas
bajo la arena, aunque en verdad no sepan
lo que eso significa.

USTEDES, muchachas, que vienen de la Ciudad del Sol a morir en un punto que aún no logro entender y permanecen en la playa, en la espuma, en las rocas acuosas, jóvenes y tristes a un mismo tiempo, ocultas para siempre de mis ojos, peligrosas muchachas con sus cuchillos de agua, libres ustedes en el juego de los bañistas y sus niños, en el tiempo de la fruta que madura con su íntimo secreto en movimiento, en el tiempo feliz de la pelota y los cigarrillos; ustedes, muchachas, para quienes el amor tiene un nombre distinto cada día, he guardado algunos secretos de los hombres. Yo, que en algún momento alcé mi rostro hacia los montes, ahora hacia la playa, yo, que en algún momento mordí la caña de azúcar, las uvas, las frutas, no inventé nunca la vida, no probé nunca la teta, no comí nunca el pan, no ideé la casa de mis mayores en medio del océano, ni las ventanas que dan hacia la calle, las puertas, la mesa, el candelero, el aceite, los guantes corrosivos, muchachas; por temor a equivocarme en decir lo que decía, no ignoré el cáñamo, el plomo, los anzuelos, la sangre viscosa de los peces, sin duda por temor a equivocarme, por temor a la promesa. Así, no sabrán de los navíos que se pierden, no sabrán de la blusas con jabón que agonizan

en el tendadero, no sabrán ustedes de las tortugas, sus manecitas, el resultado de estar a la deriva. Y ya, intactas para siempre de mis manos, muchachas, sólo he escrito para ustedes algunas cosas duras como un sueño desde el museo de mis ojos. Toqué una vez la luz, muchachas, y se pintaron de pronto las naranjas en mis manos. Después todo se ocultó, confuso, en mi interior. Muchachas: inclino mi cabeza y oigo la gran muralla, la gran invención de sus carcajadas girar como una rueda vertical en su caída. Y creo adivinar sus aromas entre todo lo moderno. El sol, el ardiente verano golpea nuestras cabezas y ustedes, muchachas, jóvenes y tristes a un mismo tiempo, en ese ir de casa en casa, aprenden a morir aprendiendo nuevas reglas, a morir al aire libre cuando los ojos más indignos saben mirarlas, cuando los ojos más indignos duermen en el plato donde las hormigas devoran un cascarrón de huevo. Y así, no pasa nada. Quiero decir que no pasa nada, muchachas. Quiero decir: BIENVENIDAS y mis manos se llenan de remiendos y no tengo ni asombro y no sé cómo disimular este entusiasmo que me queda para compartírselas, muchachas, esta amantísima palabra. Muchachas, como ustedes, los pulpos suben por mi frente y bajan en la playa a morir en los cristales con roca. Por la calle pasan vendedores de corales, pasan vendedores de erizos diminutos y tiernos, pasan ciclistas que raras veces me saludan, que a veces

dicen: SI AL MENOS FUERA HERMOSO...
 y sueltan el AH de la sorpresa. Mas todo
 es océano alrededor de la tierra, alrededor
 de la tierra todo es océano, alrededor
 de la tierra el mundo es un lugar más
 cómodo. Muchachas, que en mi memoria
 llevan en su espalda un fácil yugo y ligera
 carga, llevan corales, conchas, arena ba-
 jo las uñas, una risa interminable, ¿cuán-
 tas palmeras para su alivio habrán visto
 sin ningún resultado? ¿Cuántas huellas
 ancladas en la arena? ¿Cuántas son-
 risas faltan, muchachas? Muchachas,
 a veces recuerdo el futuro donde yo
 sólo sé si estuve, estoy o estaré em-
 papado y vulnerable como una fotogra-
 fía. Muchachas, a través de una ventana
 miré una tarde a una viejecita. Ella me lla-
 maba por mi nombre y yo sin saber quién
 era. Decía mi edad y yo sin saber quién
 era. Una viejecita arriba de un coche
 mientras comía bacalao y espantaba
 las moscas con su mano izquierda.
 La viejecita silbaba una tonada
 con la gracia infantil de todos los corales
 que ella vendía. Llevaba una cabeza
 de gallina sobre un plato que dejó de
 pronto en el suelo. Después cogió una
 piedra con intención de cargarse los crista-
 les. Y luego se fue riendo, muchachas,
 allá lejos, detrás de la rambla,
 donde gime la ciudad-vida,
 cuyos brazos siempre nuevos
 las esperan.

AQUÍ EL MERCADO termina
según la costumbre de quien
lo sabe todo. Aquí el sol no
busca, no encuentra, no
pierde a sus amigos. Hay
palmas disfrazadas de
arena, hombres que remiendan
las redes. Hay alguien que bosteza y
ese bostezo es el mismo en todo
el mundo. Hasta aquí llegan robinsones
y traen en sus manos el corazón de las
tortugas, la sangre del cachalote y
las ballenas. Cuentan fábulas ima-
ginarias de grandes moluscos, Jim
Hawkins, islas para naufragar
sin pupilas, donde por alguna razón
hay que cruzar con cera en los oídos.
Cansados de preguntar, los hombres
tienden las redes más allá de este merca-
do, allá donde comienza a despertarse
el mar, allá donde la sombra también es
arquitecta y el temor obliga a no asomarse
fuera de la barca. Algunos huelen a cerveza,
otros a lo que huelen los viejos. En algún
lugar del estero verán la jaiba devorando el
tiempo, una cabeza de cerdo coronada de
moscas, diez yuntas de bueyes jalar
un barco hacia el mar,
cormoranes trasnochados
que se balancean en las olas.
En el mercado las mujeres se

quitan sus escamas y miran
pasar el tren y a los muchachos
desclavados de los mástiles según
la costumbre. Ellas creen saber
el verdadero nombre de las cosas
a las que les es preciso navegar.
Verde y alta es mi madre. Bagan-
villa su cabellera. Sus pies son
de un pueblo sin héroes, sin
musgos ni gallinas. De luto mi
madre. Su casa se levantó con
el carrizo en el doliente músculo
de la costa. Ajustó la cicatriz de
los suburbios a la medida exacta
de sus vestidos y de la palmera
cocotera. Así es mi madre, como
un enorme pelícano. Es la casta
con más años en la familia. Sin
intención, se llega al mercado.
Desde la playa los bañistas con
frecuencia saludan. Aman con
locura las pensiones en los días
de fiesta, aman con locura el oro
rosado del mar. Ellos tienen ojos
para lugares remotos, para la
medusa en el balneario, para el
aceite que purifica sus cuerpos.
Ellos tienen oídos para el eco leja-
no de los muelles, para el graznar
de las gaviotas. Tienen sus manos
un olor de pólvora de cohetes. LA
POESÍA ES UN FRAUDE -dicen-
COMO LA CARNE EN LA FRENTE
DE UN CABALLO. -YO TAMBIÉN

HE ANDADO POR LAS CALLES,
 DESPUÉS DE TODO -les he
 dicho, lo cual de alguna manera es
 cierto. ESPEREN A QUE LLEGUE
 LA NOCHE, CUANDO MUCHO.
 ¿HAY ALGUIEN ENTRE NOSOTROS
 QUE RECUERDE UNA CANCIÓN? -se
 consuelan. Yo he querido decirles
 esto, esto que es imposible, pero
 de otra manera. Por el mercado
 andan las personas. A esta hora
 no se aparenta la alegría. -HOY ES
 NOCHE DE CARNAVAL -dicen-
 HACE APENAS UNAS HORAS...
 contesta la señora que atiende.
 Y la oigo reír. LO MEJOR SON
 LAS LENTEJAS -dice un hombre-
 LOS OJOS DE LAS MUJERES
 COMO VERDES LENTEJAS.
 PUES BIEN, PUEDE USTED
 FREÍR LOS HUEVOS EN ESA
 OTRA SARTÉN, NO IMPORTA.
 ES EXTRAÑO SU APELLIDO.
 -¿QUÉ TIENE DE EXTRAÑO?
 NO ME GUSTA. - ¿ES USTED EX-
 TRANJERO? -ES VERDAD. NI
 SIQUIERA HE PENSADO EN ESO,
 PUEDO DECIR QUE NI LO HE PEN-
 SADO COMO DEBERÍA. EL PAÍS ES
 GRANDE. EN ESA TEMPORADA SE
 ABREN LAS VIOLETAS COMO ALME-
 JAS. TAMBIÉN HAY PLAZAS. EL
 AÑO EMPIEZA EL PRIMERO DE
 ENERO. TODOS TRABAJAN DEMA-

SIADO PARA ESPERAR LA ME-
JOR HORA, LA DESPIADADA.
SI AL MENOS FUERA VIERNES.
Frente al mercado pasan pequeños
instantes, fugaces, por los que real-
mente vale la pena vivir. Oigo sus
pasos. Así me doy cuenta de
que disminuyen los días como
un cortejo. -ES POSIBLE QUE
EN EL SUR USEN BOLILLO
EN LUGAR DE TORTILLAS,
ACÁ, TAL VEZ, NO. -¿Y DICE
USTED QUE NO HE HECHO
NADA ÚTIL EL DÍA DE HOY?

¿PARA QUIÉN LOS lamentos
a mares bajo los álamos, en
los naranjos, sobre las húmedas
latas de conserva? ¿Para quién?
¿Para quién enumerar las olas
cuando tocan las rodillas, a sa-
biendas de que pronto han de
terminar? ¿Para quién? ¿Para
quién los pulmones hinchados
como velas, la sangre que da
vida y se levanta y va de nuevo
a dormir? ¿Para quién? ¿Para
quién el sombrero hecho poesía?
¿Para quién la bahía, los méda-
nos? ¿Para quién esta sombra
adivinando todo: el anzuelo, el
plomo, los amigos, la lluvia?
¿Para quién los quejidos de ga-
viotas, su forma como un punto
neutro en las orillas del océano?
¿Para quién? ¿Para quién la
hora irregular, su travesura en
hacer más inquietas las cosas?
¿Para quién? ¿Para quién los
suspiros de la hoguera, del verano
con espigas, de las olas con naran-
jas, del cuello de las muchachas
con conchas? ¿Para quién las
estrellas en el fondo del mar
donde los ahogados pueden ver-
las encogerse como una cons-

telación que indica el rumbo?
¿Para quién los planetas, el
miedo a lo que debe venir bajo
la cama? ¿Para quién las he-
ridas sin motivo? ¿Para quién?
¿Para quién las branquias callo-
sas de los peces, la canción
sin ruido, el incendio de las algas?
¿Para quién? ¿Para quién?
¿Para quién llamar tres veces?
¿Para quién la mirada turbia
que no llega al horizonte? ¿Para
quién el temblor del pie descalzo
en la estudiantina espuma? ¿Para
quién la sal tendida sobre las redes
donde alguna vez jugaran siete niñas
de largas colas, celosas de alguna
lesera que les habían contado?
¿Para quién el abrazo, la suerte
como un terrible castigo? ¿Para
quién despierta el gusto? ¿Para
quién, si todo lo que miente se
está en calma? ¿Para quién las
naves, la purificación del que
duerme sin pupilas? ¿Para
quién el mercado, qué pena,
su intranquilo olor de calamares,
la madera, la flor de ágata, el arroz,
la señora que atiende y dice:
BUENAS TARDES, temerosa
de romperse? ¿Para quién las
morusas? ¿Para quién las moronas?
¿Para quién el punto de partida?
¿Para quién? ¿Para quién los

cuchillos, la aurora que entra por
la ventana como un gallo que
adivino dentro de su canto donde
van a parar mis orejas? ¿Para
quién la mentira si no parece men-
tira? ¿Para quién la fragilidad
del viento que perdido me alcanza
y toca mi boca dándole forma,
me traslada hacia una aventura
que me sé de memoria? ¿Para
quién el día por delante?
¿Para quién? ¿Para quién los
bailes de salón, los nombres
que no existen? ¿Para quién
la promesa? ¿Para quién la hen-
didura, la intimidad de las plazas?
¿Para quién? ¿Para quién las
puertas y el cubo, el huevo?
¿Para quién? ¿Para quién?
¿Para quién la muerte en deuda,
esa pequeña? ¿Para quién la
arena que se desgrana como
una mazorca? ¿Para quién
el tiempo, su sombra como
una corona? ¿Para quién?
¿Para quién las cenizas y el
niño? ¿Para quién el comal,
la tortilla, este sabor amargo
de sangre? ¿Para quién las
botellas, todo lo que no quiero
y no puedo evitar? ¿Para quién
el calor, la primera calle?
¿Para quién? ¿Para quién las
mismas cosas en los mismos

sitios? ¿Para quién levanté
mis años en el cielo, lo confieso,
agua de mar y espuma en
la espalda, lo confieso, a-
gua de mar y espuma en
la espalda cuando el día
con pie seguro rompió mis
ojos? ¿Para quién? ¿Para
quién? *¿Para quién?*

VIENEN A

la arena
 las felices
 tortugas a
 desovar sus
 piedrecitas que
 germinan en
 tortugas que
 vienen a
 la arena
 a desovar
 piedrecitas hacia
 donde todo
 lo que
 empieza tiene
 principio de
 costumbre.

[Era sal quemada lo que olía en la cocina. Tía Elena hacía tortillas y de alguna manera hojeaba un libro que nunca empezó, bajo el arco de la noche. Mi madre cocinaba una batata. Yo paseaba en bicicleta por las calles donde Abelardo...]

Alegremente vienen
 las tortugas
 a desovar
 sus piedrecitas.
 Míralas ocultarse
 en los
 lentos avatares
 de la
 espuma. Óyelas
 abrir las

puertas del
agua (no
digo de
entrar en
el agua,
ni siquiera
alejarse asustadas
cuando el
mar golpea
las rocas).
Todavía en
el verano
preparan sus
cuerpecitos con
la sangre
disecada, señoronas
de las
moscas, juguetes
generosos del
diente de
tiburón. Sabias
desde que
nacen, se
sienten pasajeras
en lo
transparente de
sus aromas.
De un
lado a
otro, ¿qué
harán? Su
salivilla nada
nos dice,
su corazoncito

nada nos
dice, ni
a ti
ni a
mí, tampoco
sus cuerpos
que se
rompen al
separar de
ellas el
caparazón. Límpiase
los cabellos,
ya salpica.

[Era sal quemada lo que olía en la cocina. Tía Elena hacía tortillas y de alguna manera hojeaba un libro, bajo el arco de la noche. Osada la promesa de mi padre. Yo paseaba en bicicleta por las calles donde Abelardo...]

Allá en
la alta
playa quedan,
arrulladas, tan
duras, las
pulidas piedras
cimentadas unas
sobre otras.
Pulidas piedras
que vinieron
desde tan
lejos con
el cuello
traspasado por
el filo,
siempre por
el filo
con el

que se
rompen sin
remordimiento. A
nosotros llega
el aire
con pequeños
trozos de
las tranquilas
tortugas, de
sus aletas
que no
ignoran el
secreto de
las olas
y sus
orígenes. Quizá
sea tarde
en algún
lugar del
malecón y
no nos
hemos dado
cuenta. Siente
cómo la
sombra nos
persigue a
todos lados.
Por eso
no responderemos
si se
enciende una
nube. Mientras
el mundo
se enrosca

como una
caracola que
convoca a
congregarnos, no
hay razón
para no
pensar en
las cosas
destruidas. Deberás
de entenderlo
así. Deberás
de quedarte
así. Hice
todo lo
que quise
con el
cuello de
las muchachas,
y ya
sería de
ti o
de mí
el pronunciar
sus nombres
como castigo.
Hace tiempo
las vi
ir y
venir, a
la arena,
a desovar
sus piedrecitas,
pulidas piedras
por el

tiempo, venir
desde tan
lejos hacia
donde todo
lo que
termina tiene
principio de
costumbre.

DETRÁS DE LA rambla
se elevaría la espuma sin
prisa. Detrás de la rambla
desangraría el sol derramado
por la playa, salitroso sol de
los muchachos, sol que reme-
moro cuando estoy acodada
en la arena. Voy hacia el
malecón entre todo lo ciego,
hacia el malecón, pienso.
Así cojo la piedra con inten-
ción de cargarme el cristal ma-
rino. No es hora de encender
las bujías, de ver la bitácora
sin ver no es la hora. No es
la hora en que todas las cosas
estén en los mismos sitios.
No es la hora de escuchar ni
de ver. No es hora de andar
por el barrio donde no hay
tiempo para morir, para vivir;
pues sencillamente en mi barrio
no hay tiempo para nada.
Queda lejos el mercado,
queda lejos la fábula de la
ostra y el arenque, atrás los
Amores de Casandra, lejos de
la hora y el silencio que se rin-
de cuando repito lo mismo como
quien quiere acordarse. Quedan
atrás las arterias de la vida

en un olor a sangre seca.
Sé que la aguamala tardará
en llegar hasta el año siguiente
y que al venir su forma quemará
como un fósforo,
arderá como tizón de leña.
Sé que será tarde para tocar
las olas. Voy hacia el malecón
entre todo lo ciego,
hacia el malecón camino,
tropiezo: niños que chapotean
en el agua, el sudor pegajoso
del cuerpo, el olor a marihuana
a las orillas del mundo,
el mundo lleno de ruidos y olas.
Tenía en su cubeta varios peces
y nada en verdad cambiaba.
La gran confusión se formó
después: algunos veraneantes
lanzaron botellas al mar
y esperaron en vano al ahogado:
mano rota en la tarde siniestra,
el amor por la calavera,
el gusto por el milagro de los peces.
Y eso es todo lo que quiero contar.
Voy hacia el malecón
y atrás quedan los borrachos
a la altura del conflicto.
Sé de la profundidad del agua,

el deglutir su caricia,
el sol que arde en la piel
como una herida abierta,
salitroso sol de los muchachos. Sé del color de unos
ojos clavados en anzuelos,
sé de la red y su movimiento.
Esperaban sus pies el lugar
exacto para derrumbarse,
esperaban sus orejas el lugar
exacto para cambiar de estación
la radio, para dejar la cicatriz.
La gran confusión vino después.
Voy hacia el malecón entre todo
lo ciego. Casas derrumbadas,
paredes aún sin construir,
el espantoso olor de calamares,
la pólvora de cohetes, este
estornudo que sacude el cuerpo.
¿Y las risas, las muchachas sujetas al poema? Voy hacia
el malecón, avanzo. Queda
sobre la arena el golpeado
plato de bronce, la luna
de día en la tarraya y el
agua que la contiene,
atrás el café de mercado
donde habita el cangrejo,
la bitácora del naufragio,
terminada la veda del camarón,
abierta la temporada
pesquera, soltadas las amarras
y la quilla para que lo sepas,
alguna nube mar adentro,

algunas gotas de sal en
los pulmones porque aquí
se está a la deriva de modo dis-
tinto. Sé de la naranja repartida
en gajos, sé del caracol cla-
vado en la ribera, sé de
los collares atados en el cuello,
sé de la pulpa de melón y el estar-
se alerta de mil pájaros redondos,
sé de la estrella de mar y la rugosa
piedra que levanto. No es la
hora de ir al tanteo, no es
hora de permanecer bajo los
árboles, de sentarse en la acera
no es la hora. No tiene ojos el mar,
ni manto, ni bóveda, no es un
pozo vacío el mar, no tiene
grietas, no puede ser bue-
no ni despiadado; el mar
no cae, el mar no des-
pierta. Sólo queda el mar
y el sonido permanece.
Tenían sus manos el saba-
ñón y el reuma, la estación
de radio no cambió. Tenían
sus uñas la sangre de los peces,
el papel arroz para la marihuana.
Y eso es todo lo que quiero contar
detrás de la rambla, detrás del
salitroso sol de los muchachos,
sol que rememoro cuando es-
toy acodada en la arena.

“Brise marine”, verso 16. Stéphane Mallarmé

¿Quién hace falta?

Al regresar del café de mercado los más viejos descansan en las
[bancas.

Una boca que babea y gime y escupe y vuelve a babear
dice no sé qué que causa gracia a los borrachos.
Hay quienes fueron a pescar y aún no regresan,
borraron sus huellas en el agua,
dejaron su recuerdo atolondrado.
Frente a la tienda de ultramarinos un par de muchachas ríen
cuando el cartógrafo dibuja oleajes en sus manos.

¿Dónde estará la vida?

¿Dónde estará el paisaje?

Pangas que desclavaron rutas, plantas coronas de sal, cólera que se
presenta con diarreas.
En la Plaza de Armas
el muchacho comehuevos de tortuga se manifiesta con un altavoz.
Todo es contexto hidráulico. Todo se nombra cuando se toca.
Unas
rodillas sobre la arena se levantan y vuelven a buscar,
se adolecen de su caída cuando raspa el viento.

¿Quién pondrá en su sitio lo que trabajosamente se construyó?

Vasos de celofán, latas de lámina, otras de aluminio,
colas de cigarro, el humo, la tos, botellas de refresco, encabritadas
[bolsas
allende la ribera.
Donde se curva el agua alguien ha dejado encendida la radio sin
[darse cuenta.

Desde los barrios aledaños se oye atizar la leña.

El tartamudeo de una motocicleta acuática se pierde al llegar a este verso. Unas blancas comisuras de labios también avanzan, un balbuceo más y ya no están.

Portuaria

se terminó de imprimir
en los talleres de Vía Color Imprentas,
General Piña # 8, Hermosillo, Sonora.

La edición estuvo a cargo de la
Coordinación Editorial
y de Literatura del ISC y del autor.

